





ALBUM
DE LA
CORONACION



BT660
.08
A53
C.1



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis



1080023565

8



D. S. P. S. D. F. 230
Este Libro Usado
para su venta
FUE DESINFECTADO
Esta etiqueta debe ser destruida
por el comprador



BIBLIOTECA

0024143014



IMAGEN DE LA SMA. VIRGEN DE GUADALUPE

(Copiada de fotografía directa de la original que se venera en su Santuario)

ÁLBUM DE LA CORONACIÓN

DE LA Sma. Virgen de Guadalupe

RESEÑA DEL SUCESO MAS NOTABLE
ACAECIDO EN EL NUEVO MUNDO.

NOTICIA HISTÓRICA DE LA MILAGROSA APARICIÓN
Y DEL SANTUARIO DE GUADALUPE,
DESDE LA PRIMERA ERMITA HASTA LA DEDICACIÓN DE LA Suntuosa Basílica.

CULTO TRIBUTADO A LA SANTISIMA VIRGEN
DESDE EL SIGLO XVI HASTA NUESTROS DÍAS.

Guía Histórico-descriptiva de Guadalupe Hidalgo
Para uso de los Peregrinos y de los Viajeros.

EDICIÓN DE "EL TIEMPO" ADORNADA CON MÁS DE 200 ILUSTRACIONES.

Con la aprobación y bendición del Ilmo. Sr. Arzobispo de México.

MEXICO

IMPRENTA DE "EL TIEMPO," DE VICTORIANO AGÜEROS, EDITOR

Calle de la Cerca de Santo Domingo núm. 4.

1895



Capilla de Guadalupe
Biblioteca Universitaria
Biblioteca Universitaria

48493

BT664
98
A53



A

J. J. J.

La Sma. Virgen de Guadalupe,

En memoria de su Coronación,

DEDICA ESTE LIBRO

"El Tiempo,"

DIARIO CATÓLICO DE MÉXICO.

12 de Octubre de 1895.

Los derechos de la propiedad literaria y artística de esta obra
están asegurados conforme á la ley.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

012530



Aprobamos y Bendecimos
este libro publicado por el Sr Lic D
Victoriano Agüero para honrar a
la Sma Virgen de Guadalupe,
con motivo de su Coronacion en
su santuario del Tepeyac
+ Próspero María
Arzpo de México,

**Carta del Ilmo. Sr. Plancarte
al Sr. Agüeros.**

Pellico á U. muy cordialmente, por la
publicacion de este precioso e interesante
libro, que tanto deseabamos los amantes
hijos de la Sma. Virgen de Guadalupe.
Ha correspondido Ud. muy dignamente,
á la confianza de los que le proporcio-
namos los documentos y datos para es-
cribirlo, y ha cumplido como cristiano
caballero, su oferta de no herir á nadie
al hablar de la restauracion del Templo.
Dios bendiga á U., á su esposa e hijos, y
á sus hábiles colaboradores

+ Ant.º Ob. de Constancia,
Abad de Guadalupe.



Introducción.

I

HONTO, con el favor de Dios, será coronada la Virgen Santísima de Guadalupe, por la fé y la piedad de un pueblo, que apenas nació ayer y ya se ha abrevado con las amargas aguas de todos los dolores y todos los desengaños; que en ménos de un siglo ha sido atribulado con todas las aflicciones, con que otros pueblos no han sido probados sino en el transeurso de muchos siglos. Llena está de lágrimas, pero también de enseñanzas, la escuela del dolor: no hay oración más intensa ni más férvida, que la que se levanta desde el profundo y pavoroso abismo de la desolación.

Al elevarlo hoy México, implorando el socorro de la Virgen Poderosa, levanta su rostro bañado con las lágrimas del dolor de su pasado y de los terrores de su porvenir. La Coronación de la Santísima Virgen del Tepeyac, será el acto más solemne de su piedad y el más grandioso suceso en sus anales religiosos. La plegaria que la nación mexicana elevará á la Virgen Santísima al coronarla, será el suspiro inmenso de su ternura, que después de repercutir en los cristales de sus lagos y en las crestas de sus montañas se irá difundiendo sobre las olas de ambos mares; el himno interminable de su amor, que resonando de corazón en corazón sobre las generaciones futuras, llegará hasta los lindes de la eternidad.

II

Como la católica es la única verdad absoluta é inmutable sobre la tierra, hace solidarias, aun á través de los siglos, á todas las generaciones que se iluminan á su luz y á su calor se vivifican: esta solidaridad de los buenos en el tiempo es la que se transformará en la eternidad, en la comunión de los santos. Sólo la fé y la virtud son más fuertes que la tumba y pueden sobrevivir á la muerte. El homenaje de amor y de gratitud, que al coronarla, va á tributar á la Santísima Vir-

gen la actual generación, lo rendirá no por sí sola, sino en ánima de todas las generaciones de las varias razas pobladoras de este suelo, que desde hace más de tres siglos, la han precedido en el rápido curso de la vida humana.

En ese hacinamiento de gracias deberán mezclarse las voces de todas las razas beneficiadas: la de los indios, que sacados de las tinieblas de la idolatría á la luz del Evangelio por la clemencia de la Virgen Santísima, sólo como por un perenne milagro de Ella puede explicarse, que hayan, á través de tres siglos, escapado con vida del hierro del conquistador, del látigo del encomendero, de la cruel explotación del amo, y de las frías iniquidades y criminales atentados contra ellos, del despotismo y de la libertad; también se escuchará el acento en ese coro de las razas criollas, que sin la especial protección de tan compasiva Madre, ya hubieran perecido arre-molinadas por el triple vértigo de sus errores, de sus pasiones y de sus odios; y también deberá oírse en ese concento de gratitud, la voz de los nuevos colonos extrajeros, que sólo á la misericordia de la Virgen deben no verse sepultados en éste nuevo asilo de su laboriosidad y su pobreza, por las oleadas de otra raza más altiva, más dura y más poderosa que las suyas.

III

Para que con plenitud de conciencia pueda la generación actual, por ella misma y en nombre de las generaciones que duermen ya el sueño de la tumba, coronar á la Santísima Virgen de Guadalupe en señal insigne de su agradecimiento y reverencia, necesita, evocando sus recuerdos, condensar en su amor y como en un punto, lo que es y lo que fué. Este es el objeto único de nuestro libro: conglomerar el presente con el pasado, para que juntos formen un solo pedestal al monumento con que la nación toda desea eternizar las manifestaciones de su fe y su amor á la Virgen del Tepeyac, á esa Madre bondadosa y tierna, que quiso descender del Cielo para oír más de cerca nuestros ruegos y para más pronto aliviar nuestras miserias.

IV

Poco nuevo contiene el libro que ahora publicamos. Es, más que una nueva apología, una sinopsis realizada de las más robustas y culminantes pruebas que demuestran la verdad del suceso milagroso y de sus portentosas consecuencias. En cada uno de los distintos órdenes de criterios lógicos, hemos elegido la demostración que hemos creído más clara y más convincente: la narración atribuida á D. Antonio Valeriano en el orden histórico; la crónica de la iglesia de la Colegiata en el monumental; el sentir de los actuales prelados de la Iglesia Mexicana en el tradicional, y la historia del culto de la Santísima Virgen de Guadalupe, en el religioso.

Al dirigirse al entendimiento no enfriará nuestro libro el corazón, lo enardecerá por el contrario, pues está constituida nuestra alma para que en ella se llene la voluntad con lo que desborda de la inteligencia. Nuestra eterna bienaventura, creía Dante, será la comprensión plena de la verdad, llena de admiración, y ésta nuestra admiración rebosando siempre de amor.

V

De las pruebas históricas, son las más poderosas las que más coetáneas son del suceso que refieren. Se funda esta regla de buen criterio en que el historiador contemporáneo, si bien puede ser, en lo que se refiere á apreciaciones, más apasionado, por lo que respecta á los hechos enarrados, tiene que estar mejor informado, y tiene que ajustarse más fielmente á la verdad; por el temor fundado de que habría muchos testigos capaces de contradecirlo en sus errores y malicias.

De las narraciones, rigurosamente históricas y auténticas de la Aparición y Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe, una de las más antiguas es la publicada por el Br. D. Luis Lasso de la Vega. Este respetable sacerdote, que era capellán de la Ermita de Nuestra Señora de Guadalupe, tenía en su poder una historia manuscrita en lengua nahuatl, de la Aparición, y la publicó en esa misma lengua en el año de 1649, con el objeto de confirmar la que sobre el mismo milagro de la Aparición había publicado un año antes el P. D. Miguel Sánchez.

De la autenticidad del manuscrito publicado por el Br. D. Luis Lasso de la Vega no puede dudarse, porque lo vieron y examinaron antes de su publicación, los PP. Baltasar González y Francisco de Florencia, ambos de la Compañía de Jesús y eminentes los dos en letras y virtudes. Aunque su publicación se hizo en el año de 1649, el manuscrito databa desde el siglo anterior y era coetáneo del portentoso suceso á que se refería. El Br. Lasso de la Vega abonó la sinceridad de su testimonio, gastando su fortuna en el culto de la Santísima Virgen, y dedicándose al servicio y cuidado de su ermita.

La narración del suceso que forma la primera parte de nuestro libro, es la misma que el Br. Lasso de la Vega publicó en idioma nahuatl el año de 1649 y que posteriormente fué traducida en lengua castellana. Hemos preferido á otras historias coetáneas, la del Br. Lasso de la Vega, porque siempre serán intachables los testigos que, como éste, sellen sus aseveraciones con el propio sacrificio.

VI

La Iglesia, en cumplimiento de su misión sublime y á virtud de su potestad altísima, confirma ó desapruueba todas las prácticas que se refieren al culto y afectan al sentimiento cristiano de las almas piadosas. Explícita y eficazmente la Iglesia ha aprobado el culto tributado á la Santísima Virgen de Guadalupe como aparecida y milagrosa, al aprobar el Oficio especial de su festividad, en el cual se ensalzan á este doble respecto su grandeza y su misericordia para con nosotros.

La aprobación de la Iglesia, que aunque no erige en verdad de fe la creencia en el milagro, sí le imprime el último y más respetable sello de certidumbre, á esa creencia que de antemano está filosóficamente demostrada, por el múltiple criterio lógico de la historia, la tradición, los monumentos, y sobre todo, los hechos subsiguientes, los efectos producidos, y que sólo pueden explicarse por la preexistencia de una causa suficiente y adecuada. Sería un absurdo monstruoso y casi blasfemo, que solo tratándose de verdades religiosas se exigiesen demostraciones extraordinarias y privilegiadas, y se desechasen por débiles é insuficientes, todos los demás criterios que bastan en razón humana, para demostrarnos todas las otras verdades del orden natural y moral.

La aprobación por la Santa Sede del Oficio de la festividad de la Santísima Virgen de Guadalupe, y la historia del culto que se ha tributado á tan excelsa Señora desde su milagrosa aparición hasta nuestros días, figuran dignamente en las páginas de este libro, y allí constan, para sellarlas como con neta de oro, las palabras mismas, emanadas de la autoridad más alta, más sabia y más santa que hay entre los hombres y que sumisos han reconocido ya diez y nueve siglos.

VII

De las demostraciones históricas ninguna es más universal y sensible, que los monumentos. Todos los hombres y durante siglos, pueden leer las grandes páginas de ese enorme libro en piedra que constituye la historia monumental de algún gran suceso. A la Santísima Virgen de Gua-

dalupe actualmente se le tributa culto aun en los países más lejanos del nuestro y los lugares más desconocidos de nosotros; y dentro los confines de nuestro amplísimo territorio, quizá no haya sitio habitado, ciudad ó pueblo, aldea ó ranchería, donde no se levante una basílica ó capilla, donde no exista algun altar ó retablo erigidos en honor de nuestra Excelsa Patrona.

De los monumentos que nuestro amor ha levantado en gloria suya, es el primero de todos, el templo erigido por su mandato mismo, en el sitio por Ella elegido, donde se dignó aparecer, y bajo cuyas augustas bóvedas se ha conservado y se guardará, la Milagrosa Imagen que en prenda de su ternura quiso dejarnos cuando se dignó hollar con sus divinas plantas nuestro suelo. El Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe es el testigo en granito de la fé de todo un pueblo agradecido y creyente; la egida de la nación; el centinela invencible que la defiende; y como la plegaria petrificada para hacerse eterna, que arranca de la tierra hasta henderse en las nubes y llegar hasta el cielo.

La historia de la Basílica de la Santísima Virgen del Tepeyac y de la Colegiata allí fundada, será otro de los capítulos de nuestro libro. Otro capítulo formará la crónica de las obras que aún se están concluyendo, para ampliar y embellecer el Santuario de Nuestra Señora de Guadalupe; ese foco inmortal de la piedad y esperanzas nacionales, ese hogar íntimo y purísimo de la familia y patria mexicanas. Mientras estén en pie sus santos muros y sigan lanzándose á la altura sus enhiestas torres, seguirá irguiéndose la independencia de nuestra raza y estarán abiertas á nuestras esperanzas cristianas las puertas de oro de la eternidad feliz.

VIII

La más grandiosa y verdadera historia, no es la escrita, que ha tenido que estrechar su caudalosa corriente al pasar por un solo cerebro y que impregnarse de las miserables pasiones humanas al tener que tamizarse á través de un solo corazón; sino la tradición, ese río impetuoso de verdad que corre sin diques, despeñándose libre de generación en generación, y estrellándose en sus avenidas contra las grandezas y pequenezes, contra las virtudes y debilidades de muchas almas y de muchas épocas. La tradición, no es la historia muerta, escrita sobre páginas inertes y sepultada en el libro; sino la historia viviente, escrita con caracteres animados y sobre corazones que laten.

En nuestro pasado de más de tres siglos ninguna otra tradición hay más abundante, más clara ni más firme, que la relativa á la Maravillosa Aparición y Milagrosa Imagen de la Santísima Virgen de Guadalupe. Lo mismo han creído en el milagro, los hombres sabios y los rudos; los claustros de doctores que las asambleas de los ignorantes; impávidos guerreros y tímidas monjas; los ricos del siglo y los miserables de la tierra. Desde el año 1531 no ha faltado ni se ha roto un solo eslabón de esa preciosa tradición, de esa mística cadena, más valiosa que si fuera de oro y más fúlgida que si fuera de diamantes. Al coronarla hoy las esposas mexicanas, aclamarán á la Santísima Virgen de Guadalupe con la misma ternura que nuestras madres; y nuestras nietas la invocarán en sus días de quebranto, con la fe y las lágrimas mismas con que en su dolor la invocaran nuestras abuelas.

Para que ningún eslabón falte á la cadena que arrancando del siglo XVI sigue á través del XVII y el XVIII hasta llegar á nuestras manos, antes de espirar, es un deber de nuestro siglo engarzar en ella el eslabón que en tan venerable tradición le corresponde colocar, forjándolo con su piedad y con su fé. Después del Cristianismo, la sola paternidad espiritual, verdadera y eficaz que existe, es la apostólica, la que los obispos por ordenación y trasmisión divinas, ejercen sobre los rebaños de las almas apacentadas por sus místicos báculos. La voz de los obispos, sí es la verdadera voz de los pueblos.

Uno de los capítulos de nuestro libro está exclusivamente dedicado á resumir lo que piensan y sienten cada uno de los actuales Ilmos. Sres. Obispos de la República, con respecto á la Aparición y Milagrosa Imagen de Nuestra Señora de Guadalupe. Este monumento levantado con

las sentencias espirituales de los Obispos mexicanos á quienes el cielo concediera la dicha de coronar á la Santísima Virgen, será en la amplia é interminable vía de la devoción guadalupana, una de las columnas miliares que con más respeto verán nuestros pósteros. Vista desde lejos, á distancia de uno ó dos siglos, se verá como un enorme trozo de oro abrigantado.

Ese capítulo, es un riquísimo mosaico formado con las piedras preciosas del espíritu; con las más blancas perlas del pensamiento y los rubies más encendidos de la piedad.

IX

Algunos otros asuntos, íntimamente relacionados con el altísimo y principal objeto de este libro, figuran también en sus páginas; porque hemos querido que en él encuentren todos los que lo lean, además de las edificantes relaciones propias para encender y avivar la piedad, ciertas nociones históricas que importa conocer, ciertas noticias que es preciso queden consignadas aquí, para perpétuo testimonio del fervor y del esfuerzo de que en esta época ha dado pruebas el creyente pueblo mexicano.

Así, por ejemplo, nuestro primer capítulo concluye con una interesante vida de Juan Diego, y el segundo está todo entero dedicado á narrar la historia particular del pueblo de Guadalupe, en medio del cual se levanta la monumental Basílica. Allí se encontrará una curiosa relación de los sucesos más notables acaecidos en ese lugar, tanto en el orden religioso como en el civil.

Más adelante se hallará la historia fiel, minuciosa y completa de la ampliación y transformación de la antigua Colegiata en la actual suntuosísima Basílica; se enumeran allí los primeros proyectos formulados, las dificultades vencidas, las obras ejecutadas, en fin, hasta hacer de este templo un monumento de arte y de belleza.

Figuran, por último, en este libro los datos biográficos de cuantas personas merecen un recuerdo por haber contribuido con sus luces, sus fatigas y su constancia al coronamiento de una obra que es prenda segura y testimonio elocuentísimo del amor de México á la Santísima Virgen de Guadalupe.

X

La voluntad humana, segun Fray Luis de Granada, es como una potencia neutra, que cuando el alma no está entenebreida por el error ó cegada por las pasiones, se rige dócil con el timón de la recta razón. Ilustrar ésta, es el medio, pues, más eficaz, de bien mover aquella.

La coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, va á ser en el orden religioso y en este siglo, el suceso más importante y más trascendental de nuestra historia patria. Antetán grande y rendido homenaje, la Virgen Santísima, que es toda amor y clemencia, va á abrirnos de par en par las puertas de su misericordia. Este será, por tanto, el momento más propicio para que México, como nación, implore el socorro y alcance la gracia que más necesaria y apremiante le fuere. Ese es el único objeto de nuestra publicación: poner ante los ojos de México, tres siglos de bondades continuas por parte de la Santísima Virgen hacia el pueblo mexicano, para que lleno de confianza el corazón de éste con la experiencia del pasado, sea más intensa la plegaria que hoy eleve en las potentes alas de su fe firmísima y su esperanza inquebrantable.

XI

Los hombres serán juzgados, como individuos, en la otra vida, y en esa vida inmortal recibirán el premio ó castigo eternos de sus acciones; pero como para los pueblos, en su calidad de

seres colectivos, no hay juicio final ni otra existencia, en ésta son premiados ó castigados: así lo enseñan la fe y la razón, y así lo tiene comprobado la experiencia de los siglos. México, como nación, ántes que todo lo demás, dos cosas tiene que pedir: perdón por su pasado y paz para su porvenir. Esta será la plegaria más propia de un pueblo creyente, arrepentido y desgraciado.

La lisonja es engaño, desamor é injuria. La verdad es el solo lenguaje digno del verdadero amor. México es muy niño, ni un siglo tiene de vida, y ya ha dado, sin embargo, durante su corta existencia, pasos de gigante, por el sendero de la maldad, y por los ásperos y tortuosos caminos del crimen. Los delitos de su pasado le están obstruyendo el porvenir, que solo volverá á abrísele si lo ablanda con lágrimas de un sincero arrepentimiento.

XII

La independencia es un gran bien, y todos los pueblos pronuncian con dulcísima ternura los nombres de los héroes que se sacrificaron por darles patria. México pagó tan inestimable beneficio, dándole muerte á su libertador, á virtud de una ley dictada por el odio y que no pudo llegar á conocimiento del por ella condenado, y en fuerza de una sentencia infensa en que fué violada hasta la aritmética. Y no le bastó matarlo con tan espantosa iniquidad y tan grande afrenta, sino que selló despues la losa de su sepulcro con el odio y con la infamia. Este primer crimen de México independiente, hizo gemir horrorizada á la naturaleza.

Despues, apénas nacido á la vida propia, siguiendo los pérfidos consejos de un enemigo artero, estableció con las logias masónicas un poder anónimo, oculto é irresponsable, que sembró los gérmenes de todas las divisiones intestinas y las guerras fratricidas, y cuya primera manifestación de su tenebrosa soberanía, fue la expulsión de los españoles, no la de los que con las armas habían combatido la independencia, sino la de los pacíficos padres de las familias mexicanas á las que dejó arruinadas y huérfanas. A ellos los arroja en los postreros días de su ancianidad, á un ostracismo en que perecieron de dolor y de miseria, y á sus familias las condenó á un luto eterno.

Los tremendos delitos de nuestra infancia tenían que hacer horrorosos y más criminales aún los días de nuestra juventud. Teniendo la misma religión y la misma sangre, las mismas costumbres y los mismos intereses, nos sentimos poseídos de repente por una furia inexplicable y frenética, que nos arrojó á todos los horrores de una guerra civil llena de saña é interminable, y que agotando nuestra sangre y nuestra energía, nos hizo la presa fácil de unos cuantos ambiciosos.

Indignado el Cielo de tanta maldad, permitió que un vecino tan injusto como poderoso, nos declarase por arrebatarnos la mitad de nuestro suelo, una guerra que por su iniquidad y cinismo hubiera escandalizado hasta á los pueblos bárbaros y á los siglos gentiles. En vez de defendernos con toda la energía de nuestra radiante justicia y la indignación de nuestro derecho tan brutalmente ultrajado, desertamos del frente del enemigo para desgarrarnos en su presencia las entrañas, por quién sabe qué viles intereses y qué bastardas pasiones!

Más tarde, despues de marchar durante muchas, y muy largas y tristísimas jornadas, sobre charcas de sangre, montones de iniquidades é infectos pantanos de podredumbre, llegamos á la meta del delito, hicimos desbordar la copa del pecado, con una apostasía oficial, tan pavorosa como inexplicable. Se comprende sin excusarla que la Alemania inflamada por el soplo casi infernal de Lutero, amenazada por la maza del Elector de Sajonia y la espada de Gustavo Adolfo, y casi sofocada con los cordeles con que la estrangulaban á un tiempo tantos reyezucos sensuales y codiciosos, haya apostatado: tambien se comprende la apostasía de Inglaterra, aterrorizada ante la bárbara tiranía del monstruoso Enrique VIII y tan tenazmente martirizada por la cruel perfidia de la perseguidora Isabel. Pero que á México, un pueblo tan originaria, universal y sinceramente católico, se le haya deprimido en su conciencia religiosa, hasta hacerle tolerar la

apostasía oficial, consumada en su nombre é invocando para ella su felicidad, es un fenómeno absurdo y monstruoso, que solo puede explicarse como un tremendo castigo sobrenatural, como el terrible cumplimiento de la amenaza santa: el abismo llamará al abismo.

Aunque el pueblo no haya apostatado, basta que no haya impedido esa apostasía de sus poderes públicos, para que cargue el reato y sufra el castigo de tan espantoso y tan innecesario delito. Se aproxima el momento propicio para implorar y obtener el perdón de nuestros pasados extravíos, y de pedirle á Dios por intercesión de la Virgen Santísima, cuyo poder es tan grande como su bondad, de pedirle como David, que no se acuerde más «de las ignorancias y delitos de nuestra juventud.»

XIII

Una vez reconciliados con Dios, quedaremos reconciliados con nosotros mismos, y como prenda de su reconciliación con Él, nos concederá la paz, la santa y fecunda paz, que es el primer fundamento de todo orden social, y de la que manan como de su fuente, la dicha de los individuos, la felicidad de las familias y la prosperidad de los pueblos.

Perdón y paz, esta debe ser nuestra plegaria. En ella deben confundirse como en un himno gigantesco, las voces de todas nuestras clases sociales, y todos debemos cooperar al acto tan profundamente piadoso como hondamente trascendental de la coronación de la Santísima Virgen de Guadalupe, con todo el esfuerzo de nuestro poder y con todos los elementos que la Providencia haya puesto en nuestras manos, para el cumplimiento de nuestra misión sobre la tierra.

El libro que publicamos es el pequeño grano de arena con que cooperamos á obra tan grande y tan meritoria. Jornaleros del pensamiento, no poseemos por todo haber más que la palabra escrita, y una ráfaga de publicidad sobre la que la hacemos cabalgar, para enviarla á los cuatro vientos. Ofrecemos cuanto tenemos: como el de Schiller, nuestro solo reino es el del pensamiento y nuestro ministro con alas la palabra.

